

DAVID FLORES
EL AGUANTE
DEL CUERPO



Agradecimientos

Quiero agradecer a mi Flor (Sol González) por las recomendaciones que siempre me dio, por leer todo lo que le mandé y por echarme siempre muchas porras cuando las cosas no me salían. A mis hermanas, y especialmente a la mayor, porque aquí, entre nosotros, el título de este libro existe en parte gracias a ella. También a mi mamá y a mi papá, porque, aunque mucho de lo que leerán probablemente no les guste, sí es gracias a ellos que todo esto es posible y, además, porque los amo con todo mi corazón.

Finalmente, quiero dedicar este libro a Alan González, Marely de Leija, Lizaví Zaragoza, Emiliano Iturriaga, Emiliana Mackenzie, Sebastián Muñoz y Pamela Sarmiento, que son los verdaderos protagonistas de mi historia y que inspiraron esto que ahora presento.

Prólogo

¿Cuánto tiempo toma recordar toda una vida?

Era enero del 2017 cuando comencé a escribir una especie de diario, en alguna libreta negra que hasta la fecha todavía conservo.

Por aquel entonces me gustaba mucho describir cada uno de los detalles de lo que vivía y sonar muy serio al hacerlo; muy como que sabía acerca de escribir profundamente, de crear metáforas, de darles vida a objetos inanimados y todo aquello que yo consideraba característico de un buen escritor.

Durante las primeras semanas, mientras llenaba las hojas de aquella libreta, yo todavía no tenía una idea de lo que ese año llegaría a significar para mí, como estudiante y, sobre todo, como individuo.

Y es que el año anterior —2016—, o al menos la segunda mitad de este, yo había logrado de cierta manera, convertirme en alguien que no me gustaba ser, pues pasaba los días, después de la escuela, sentado frente a la televisión o tirado en mi cama, sin

ganas de salir ni de trabajar, y además sin poder encontrar inspiración para hacer prácticamente nada.

En la escuela me la pasé en modo automático, y en mis clases todo lo que hacía era simplemente escribir cada una de las palabras que salían de la boca de mis profesores, solo para que no se notara que todo me valía madres. Además de esto, del tipo de materias que sí me llamaban la atención, no cursé ninguna.

Durante aquel semestre, a lo único a lo que no le perdí el gusto fue al tenis, que siempre me ha encantado.

No recuerdo si por aquellas fechas todavía jugaba con los Bernies, el Rolis, Charlie, Julien y Héctor, pero de lo que nunca me voy a olvidar es de que con ellos y con Arthur —nuestro entrenador—, me fui a Cocoyoc a mi primer torneo nacional allá por el 2014.

Aquella vez llegamos, y lo primero que hicimos fue ponernos una santa peda y desvelarnos como hasta las cinco de la mañana, por lo que, un par de horas después, todos perdimos nuestros partidos.

En fin, como resultado de mi apatía general, al final del 2016 reprobé una materia; que de hecho no fue lo peor de mi semestre, porque para esas fechas y después de una serie de situaciones que probablemente puedan inspirar otro libro completamente diferente..., yo ya había terminado de alienarme de una buena parte de mis amigos.

Creo que, en definitiva, la última época de aquel año que disfruté completamente fue el verano que pasé en Chiapas, porque durante los casi cuarenta días que estuve allá, yo siempre me supe completamente vivo; e incluso después de eso a veces todavía llegaba a sentir como si mucha de mi energía se hubiera quedado allá, en San Cristóbal.

En el momento en el que el buen Hugo Ortiz me dijo que había reprobado quise llorar, pero como no le iba a dar el gusto

de verme hacerlo —pues parecía como que así lo esperaba—, me esperé a estar fuera del salón, y ahí sí me solté. Según yo, siempre me odió, pero no hay problema, porque a mí también me cagaba; y me cagó más, porque gracias a esa materia se canceló mi intercambio.

El plan era irme a Chile en enero del 2017, pero ahora no podía si tenía una materia reprobada, entonces lloré más, y me enojé más.

Un par de días después, iba caminando por los pasillos del campus del que nunca pude despedirme gracias al pinche terremoto, mientras pensaba en la mejor manera de contarle a mis papás que había reprobado por milésima vez... cuando encontré un escape: el «semestre i».

Un semestre de innovación, según lo describen normalmente, y durante el cual tenías —o tienes— la oportunidad de vivir en San Cristóbal de las Casas mientras trabajas en proyectos sociales con comunidades indígenas y/o rurales a la vez que aprendes acerca de ética, manejo de proyectos, la sociedad, y todo eso que siempre ha sido mi mero mole.

Papeleo aquí, papeleo allá, mentirles a mis papás acerca de por qué ya no me iría de intercambio, y de pronto me encontraba sentado en el salón de clases, en San Cristóbal.

Diario escribía o en mi libreta o en mi antigua computadora —que quién sabe dónde quedó— acerca de lo cotidiano y de sentirse poco a poco más como uno mismo. A veces pienso que en ese documento, que a la fecha no he podido recuperar por completo, se quedó mi yo de aquel entonces.

Se terminó el año y yo todavía no podía creer todo lo experimentado durante esos doce meses. Doce meses porque, después de vivir en «Sancris», me fui por fin a Chile, en agosto: una experiencia completamente diferente, pero también completamente transformadora.

Francamente, siempre tuve —y a la fecha todavía llevo a tener— esa sensación de que cada uno de mis días de aquel año fue estirado indefinidamente.

Bien dicen que todo es eterno, al menos, mientras dura.

El primer día del 2018 me senté una vez más frente a la computadora después de quién sabe cuánto tiempo y me prometí que ahora sí lo escribiría todo, porque además me gustaba pensar que, a diferencia de mi yo del 2017, mis habilidades narrativas y gramaticales habían mejorado lo suficiente como para escribir algo que realmente valiera la pena leer.

Por cualquier cosa, tampoco logré nada durante ese año, más que la ocasional página de vez en cuando y que, además, nunca me terminaba de convencer.

Había vuelto también a la rutina de preocuparme todo el tiempo por no reprobar mis materias y de intentar encontrar las ganas de levantarme para ir a la escuela.

Ya casi para concluir, henos aquí, tres años después, en medio del infierno mismo.

Algo bueno tiene que salir de todo esto del COVID-19, me dije por ahí de marzo, en que me senté una vez más, ahora sí, bien decidido.

Recién graduado y también recién despedido —de mi primera chamba *nonetheless*—, en plena cuarentena, y con todo el tiempo del mundo, llevo cerca de siete meses escribiendo y escribiendo.

Puedo sentir cómo me acerco, y lo mejor de todo es que ahora sí me gusta lo que escribo y cómo lo cuento. A veces todavía me sorprende borrando todo y repitiéndolo, pero no paro hasta que me convence cómo se leen cada uno de los capítulos y cómo se construye la historia.

Hablando de esta y de lo que ahora se queda en estas páginas..., les puedo adelantar que es un revoltijo de toda mi vida y de cómo la recuerdo. Todo detonado de mis cinco meses viviendo allá en Chiapas, que claramente también relato tendido y a detalle.

Además, no pueden faltar en los siguientes cientos de páginas todas las reflexiones que hice por aquel entonces y que todavía a la fecha me hago. Entonces prepárense para leer acerca del tiempo, de la vida, de lo que para mí significa la felicidad y de tantos otros *debrayes* que se me cruzaron por la mente mientras me metía en la selva, o en el bosque, o en cualquier café en San Cristóbal.

Por cierto, la decisión de narrar todo esto en tercera persona es una que tomé hace tres años porque me gustaba pensar que mis días bien podían pertenecerle a cualquiera. Como si mi nombre y el de mis amigos realmente no importaran.

Si me lo preguntan ahora, es una decisión que ya no entiendo al cien por ciento, y también por eso es por lo que a veces me llega a costar mucho trabajo que me gusten ciertas cosas que escribo; pero para ser honesto, cuando retomé el texto, ya llevaba casi setenta páginas escritas, y no me iba a poner a cambiarlo todo o a escribirlo de nuevo.

A veces, cuando no sé qué es lo que se supone que debería contar —o cómo debería hacerlo— en este capítulo o en aquel, me pregunto: «¿Realmente importa?».

La historia es mía, a fin de cuentas, y podría escribir lo que sea. De hecho, así lo tengo que hacer a veces por pura necesidad, pues muchas cosas ya las he olvidado o las recuerdo diferente, porque, con el paso de los años, es evidente que todo ha cambiado.

Me pongo a leer lo escrito hace tres años, y luego hace uno, e incluso dos meses atrás, y me doy cuenta de que las historias van cambiando, así como los detalles, y en ocasiones incluso lo que recuerdo.

Eso sí cambia, y cambia porque, como lo dijo alguna de las mujeres que Svetlana Alexiévich entrevistó para su libro *La guerra no tiene rostro de mujer*: mi propia vida se ha ido metiendo entre mis recuerdos, así como todo lo que he sido y lo que ahora soy, lo vivido en estos años, lo que he leído, lo que he visto y a quienes he conocido.

Con cada día que pasa, todo lo que no he logrado escribir lo voy olvidando, por lo que, de repente, sí me atrapa esa necesidad de contar hasta lo que ni siquiera estoy seguro de haber vivido.

Es como si mi mente intentara llenar los espacios vacíos, las lagunas mentales después de los días de fiesta y hasta las palabras que dijimos. Me doy cuenta también de lo paradójico de la lentitud con la que la vida se pasa en un abrir y cerrar de ojos.

En fin, no sé si mi vida resulta interesante, pero me gustaría contársela a alguien.

PRIMERA PARTE

REGRESAR A CHIAPAS

Sobre cómo vuelve a comenzar una historia

7 de enero de 2017

El viaje entero lo sintió como si ya lo hubiera vivido antes.

No tenía ni un año desde aquel verano y, por lo tanto, todos sus recuerdos le eran aún muy claros y presentes: subirse al avión que lo llevó por primera vez a Chiapas, compartir con sus amigos aquella casa de tres pisos que se les inundó más de una vez, caminar por las calles de San Cristóbal, por las de Tuxtla, y la odisea que fue poder regresar a Ciudad de México después de todo aquello.

Fue esto lo que se le vino a la mente mientras, con los audífonos puestos, observaba a través de la ventana la particularidad de cada una de las nubes y escuchaba tanto la música como el sonido de las turbinas del avión, que ahora era simplemente ruido de fondo.

En el momento en el que el piloto anunció el pronto aterrizaje, David pudo jurar que llegarían de vuelta al 2016; y casi que lo deseaba, porque aquellos cuarenta días habían sido definitivamente, para él, un punto de inflexión.

Tanto así, que cada uno de los momentos que pasó en la ciudad una vez que hubieron regresado de Chiapas los pasó queriendo volver a vivir todo aquello que había experimentado y queriendo volver a ser aquella persona de junio del 2016.

De pronto, una de esas nostalgias que incomodan comenzó a acumularse en su pecho, acompañada por la incertidumbre no solo de días futuros, sino también de los años que tan prontamente comenzaban a querer acecharlo; y con estos pensamientos entonces quiso concluir que el estar ahí, de hecho, era una mala idea.

«*Posaver* cómo nos va», le dijo su voz interna al darse cuenta de que no había vuelta atrás, mientras se abrochaba bien el cinturón y cerraba la ventana.

El avión por fin tocó el suelo con aquel típico estruendo moderado y las luces que indican el uso de cinturón se apagaron mientras él, con sus ojos fijos sobre estas, esperó ese preciso momento; no para apresurarse a levantarse y salir —como el resto de los pasajeros—, sino para tomarse otro par de segundos a ver si despertaba de regreso a su realidad.

«Aquí comienza», se dijo finalmente, mientras, siendo de las últimas personas ahí dentro, se levantaba con calma para tomar su mochila azul de los compartimentos superiores.

El recorrido hasta que se subió al taxi que lo llevaría a «*Sancri*» lo vivió como ajeno a sí mismo, porque, aunque se sabía dueño de sus movimientos, todo ese tiempo lo dedicó más bien a recordar el verano pasado.

Afuera, el cielo se comenzó a teñir de negro desde el momento en el que su avión aterrizó, y durante la corta conversación que tuvo con el policía encargado de revisar su equipaje se enteró además de que, al parecer, aquella sería la primera gran tormenta del año.

«Vaya suerte, ¿no?», le comentó al oficial, pero siendo él el verdadero destinatario del mensaje, porque sí que tenía la impresión de que aquel estado chiapaneco lo recibía como burlonamente.

Apresurado por la inminente caída del agua, se dedicó entonces a querer encontrar algún medio de transporte hacia San Cristóbal que fuera tanto económico como eficiente. Pero, como para sumarle a la broma de bienvenida, no pudo encontrar nada.

El tiempo comenzó a pasar primero en cámara lenta y luego aún más lento, casi congelándose, y, a pesar de que esperó pacientemente durante casi una hora, ninguno de los típicos Sprinters que suelen salir cada diez minutos estuvo siquiera cerca de partir.

Por su parte, y al inicio, los taxis no habían sido opción, porque te cobran —a la fecha— seiscientos pesos para llevarte hasta la entrada de tu casa allá en aquel pueblo mágico, y como él había llegado a Chiapas bien decidido a ahorrar el total de los casi dieciocho mil pesos que le costaría recursar su materia..., entonces no tenía la mínima intención de gastar en nada.

Finalmente, se rindió, y entonces tomó la media victoria que se le acababa de presentar en forma de una chica —a la que nunca le preguntó su nombre— que también iba para San Cristóbal, y que le ofrecía dividir entre los dos la tarifa de aquel viaje.

Era un plan medianamente bueno, dadas las circunstancias, así que, con el cielo a punto de soltar la tormenta, acomodaron sus maletas dentro de la cajuela del taxi, el chofer prendió el motor y se fueron.

Un recuerdo del 16.

Lugares para pasar la noche

Existe algo en las carreteras del sur de México que les quita a los conductores la habilidad de tener miedo mientras rebasan en curva y pisan a fondo el acelerador para convertir un viaje, de, por ejemplo, una hora y media, en uno de cuarenta minutos; y así fue como ellos avanzaron por aquel camino de doble sentido mientras la noche se dejaba caer por fin sobre sus cabezas.

Afortunadamente, no cruzaron la oscuridad de la sierra acompañados por uno de esos silencios incómodos, sino que durante el trayecto entero se dedicaron los tres a mantener una conversación bastante orgánica que, además, en ningún momento se quedó estancada.

Y no se quedó estancada porque hablaron prácticamente de todo. Tanto así que, en más de una ocasión, y siendo el más joven, David se tuvo que limitar a escuchar a sus compañeros de viaje debatiendo sobre impuestos, el trabajo y la manera más efectiva de lograr que los hijos se durmieran en mitad de la noche.

Era en estos momentos y, sobre todo, porque realmente no tenía nada que decir, cuando se dejaba ir hacia los recuerdos del verano pasado, que le llegaban de pronto y de golpe.

Uno que probablemente nunca va a olvidar es el de aquel jueves a finales de junio, cuando estuvo sentado durante varias horas en alguna mesa del Vips que se encuentra, o que en aquel entonces se encontraba, en contra esquina de la Universidad Nacional Autónoma de Chiapas (UNACH).

Al día siguiente tomaría su examen final de la materia que cursó en Tuxtla durante todo ese mes, y que era la razón principal por la que había decidido irse a Chiapas en primer lugar.

Porque de no haberlo hecho, entonces se hubiera tenido que enfrentar a la amenazante realidad de perder la beca que le permitió siempre estudiar en el TEC, además de todo el desmadre que se hubiera armado en el momento en que sus papás se enteraran de que por milésima vez... había reprobado.

Y entonces acompañado de nueve de sus amigos y de la mentira de que completaría su servicio social allá, se fue durante todo un mes a San Cristóbal; lo que, para ser justos, casi fue completamente cierto, con la pequeña diferencia de que, en realidad, tuvo que tomar todas sus clases en Tuxtla y, por lo tanto, a diario tenía que viajar entre una ciudad y la otra.

Como suele sucederle casi siempre cuando pone en marcha aquellos «planes» que se saca de la manga y que más bien son *de-brayes* suyos de que todo se soluciona por sí solo..., aquella vez su suerte decidió jugarle la broma de que durante la última semana de clases, los maestros del estado —que llevaban todo un mes en conflicto con el Gobierno—, finalmente decidieron entrar en paro y bloquear todos los accesos a la capital.

Como a partir de ese momento nadie podía entrar ni salir de la ciudad, entonces esos últimos días de junio él los tuvo que pasar en Tuxtla y, además, sin la posibilidad de avisar a sus papás de

esto o de pedirles ayuda, porque eso hubiera significado tener que contarles todo; y en aquel entonces a David todavía le resultaba más sencillo acumular un problema tras otro, en vez de solucionar las causas principales de las situaciones a las que solía entregarse tan voluntariamente.

Así pues, estuvo en el Vips durante todo ese día, pidiendo una taza de café tras otra, hasta que por ahí de las ocho de la noche la mesera por fin dejó de acercarse a su mesa, pues había ya, por mucho, rebasado la cantidad permitida de tazas de café que entran en la promoción del *refill* que ofrecen en aquel lugar.

Si alguien sabe exactamente cuál es este número, entonces lo podría multiplicar por dos o por tres, y eso fue todo el café que él tomó aquella tarde y mitad de la noche.

Además de esperar, y como para parecer ocupado y para que nadie lo molestara, se dedicó a estudiar para su examen, a llenar cualquier hoja de su cuaderno con garabatos sin sentido y a responder llamadas ficticias y mensajes de texto inexistentes.

Así estuvo por horas sentado frente a la taza de café, con su maleta descansando impaciente en la silla de al lado y, en su bolsillo, la copia de las llaves que sacó, del cuarto para el cual el dinero ya no le hubo alcanzado y en el cual planeaba irrumpir a mitad de la noche.

Y es que, después de tres días de haber estado atrapado en Tuxtla, no le quedaba dinero más que para pagar su transporte de regreso a San Cristóbal en cuanto —y si su suerte le regresaba— el bloqueo terminara.

El reloj avanzó, así como el sol, que se escondió poco a poco, hasta que afuera, donde las calles lo esperaban, no quedaron más que las luces de los faros, que parpadeaban de vez en cuando. Dentro, donde todavía se sentía protegido por el sonido de los platos que se lavaban en la cocina, por fin la tele se apagó y los últimos dos clientes que quedaban —además de él— salieron por

la puerta. El momento había llegado, por lo que pidió la cuenta, pagó y se adentró en la oscuridad que ofrecía el exterior, donde el calor, que nunca desaparecía, lo recibió.

La caminata no fue larga, y junto con el sonido de sus pasos llegó a su destino, en donde una luz alumbraba la entrada de los departamentos en donde planeaba pasar la noche.

«Apuesto a que dormir en la calle no es tan mala idea», se dijo, pero su mano ya se había precipitado sobre la manija de la puerta de hierro.

Recordando el trabajo y, sobre todo, el ruido con el que la pesada puerta abría, puso su concentración en girar la llave de la manera más gentilmente posible, pero aun así las bisagras rechinaron y el fondo de esta arrastró sobre el piso.

«Chale», susurró.

En su mente, ese era el fin. El fin de la noche y de su verano. Casi pudo escuchar las sirenas de las patrullas llegando después de haber sido alertadas por la dueña, que bajaría gracias al ruido, y que lo reconocería. «Tú solo pagaste dos noches —gritaría ella, con el dedo apuntado en su dirección—. ¿Puedo saber por qué tienes una copia de las llaves que me regresaste en la mañana antes de irte?».

Abrió los ojos y no vio patrullas, ni a la dueña. La puerta, abierta en su totalidad. Al fondo del pasillo, proveniente de alguno de los cuartos, el sonido de una tele prendida. Su corazón, latiendo fuertemente en sus oídos.

«¿Es o ha sido usted acreedor a alguna falta legal o administrativa en los últimos años?», podía imaginar que le preguntarían en cualquier entrevista de trabajo. A lo que él tendría que contestar: «Allanamiento de morada, si es que así se le puede llamar. Fue solamente una vez, y lo hice porque no tenía dinero ni dónde quedarme a dormir».